

EL LABERINTO DEL SER HUMANO

El ser humano como fundamento de la
reflexión política en Unamuno(1)

* *CARMEN FERRETE SARRIÁ*

1. El laberinto y los enigmas

Analizar la concepción que del ser humano tiene Unamuno no es tarea fácil por muchos motivos. Primero, porque entenderle implica necesariamente conocer la realidad española de su época. En este sentido se puede afirmar que constituye un buen visor desde el que entender lo que él llamó *siglo trágico* y que trató de plasmar trágicamente en su obra. Segundo, porque su pensamiento es totalmente asistemático. Su intención no era la constitución de un cuerpo trabado de tesis objetivas, por eso su antropología -que es la que ahora nos ocupa- consiste en una multitud de reflexiones e intuiciones dejadas caer a lo largo de su obra. En tercer lugar, porque a Unamuno le gustaban las contradicciones, las ambigüedades. Su objetivo era crear desconcierto, sacudir las conciencias tranquilas. Y finalmente, por su peculiar irracionalismo, que no combate la razón -puesto que la necesita- sino el racionalismo. Unamuno no entiende la razón como una entidad que abarca todo, de ahí su odio a las ideas encumbradas y a los conceptos con mayúsculas, entre ellos el de ser humano: «aborrezco con toda mi alma eso que los garapiñadores llaman ideas y no son sino fichas de dominó lógico o carámbanos de garrafa»(2).

Entonces, ¿qué puede aportar Unamuno a nuestra reflexión actual? Y más concretamente ¿la contradicción unamuniana -rasgo esencial de su pensamiento-, incapacita para la actual reflexión política? Es difícil contestar a estas preguntas cuando se encuentra bajo el hechizo tan especial con que atrapa siempre una personalidad como la de Don Miguel. A pesar de ello pienso que es una de las figuras que, sin lugar a dudas, forman parte de nuestro legado cultural. Pero no sólo por el valor y oportunidad histórica de su obra, sino porque es una **herencia con valor de proyecto**. Son muchos los temas de los que habló con su peculiar estilo literario, y muchas las aportaciones que hoy se pueden recuperar de su pensamiento. En lo que sigue quisiera centrarme en su concepción del ser humano que es fundamento para una nueva visión de la política entendida como publicidad y de la democracia como *res publica*.

El ser humano es, para Unamuno, el primer propósito de su filosofía, por no decir la obsesión permanente en su obra, pero además lo debe ser de toda filosofía y teoría política. Todos los temas claves de su obra no son más que preocupaciones que giran en torno al problema del ser humano: la inmortalidad, el problema de Dios, la intrahistoria, el tema de España y del quijotismo. A lo largo de toda su obra el ser humano no se entiende nunca como ser abstracto o concepto general -y, por tanto, inexistente-, sino como ser de carne y hueso, cuya característica principal es el senti-

miento trágico de la vida. Y es que, para Unamuno, sólo el ser humano que vive trágicamente vive auténticamente; en su vida ha de haber lucha, y mientras más desgarrada sea la lucha más vivo se está. Los contendientes de esta lucha son las parejas conceptuales de siempre: fe-razón, sentimiento-pensamiento, cabeza-corazón, esperanza-desesperanza, etc. En definitiva, se trata de la tensión de lo racional y lo irracional, núcleo último de la existencia humana. La síntesis de esta tensión significaría, a su juicio, la muerte.

El resultado de esta reflexión sobre lo humano no se hace desde las ideas, desde la razón pura, sino desde el conocimiento directo e intuitivo. Por ello su pensamiento antropológico es más bien un **verdadero laberinto**, un laberinto que no está construido desde el comienzo, sino que se elabora a medida que se avanza en él. El ser humano, así entendido, deviene una realidad inacabada que se descubre a medida que se medita sobre él. El laberinto inacabado representa no sólo la vida humana que es «algo proyectado en el futuro», sino que representa un camino lleno de enigmas y de misterio. Este recorrido intrincado constituye en esencia un camino trágico(3). Además en este trayecto será fructífero el encuentro con Unamuno, pues nos permitirá buscar una nueva concepción de la política como resultado de esta visión del ser humano.

2. Ser humano: entre el ser y el deber ser

La meditación del ser humano, la hace Unamuno desde dos ángulos: el descriptivo y el normativo. Ambos revelarán rasgos contrapuestos y complementarios, pues el ser y el deber ser son como sístole y diástole de un mismo proceso. Entre las **notas descriptivas** se encuentra la definición del humano como *homo faber* y *aeconomicus*, pues el ser humano es hijo del ambiente que le rodea, pero también es animal que obra sobre él(4). Junto a esta dimensión Unamuno destaca la espiritual, ya que casi todo en el ser humano es espíritu, por eso la política debe fomentar la espiritualidad y no sólo la inmediatez(5). Otras dimensiones ligadas a esta última es la histórica y la racional(6). Pero también el humano se caracteriza por ser esencialmente contradictorio, además de aparentemente débil, servil y rebañego(7).

Frente a este análisis descriptivo, Unamuno contrapone de forma dispersada en esta ruta algunos **rasgos normativos** que nos presentan un paisaje más optimista que el anterior. Cada ser humano, afirma Unamuno, es único, insustituible; cada individuo vale por todo el mundo y nunca como moneda de cambio(8). Pero el problema es que en la sociedad capitalista la vida de unos se convierte en un puro medio para la conservación y disfrute de la vida de los otros, por eso «los infelices que no llegan al cero de la escala son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehúsa la dignidad humana”(9).

Añade que el primer deber es «**salvar la humanidad**», en el sentido de «ser humano pleno, íntegro, capaz de consumir los más de los diversos elementos que un ámbito diferenciado le ofrece»(10). Es decir, no se trata de distinguirse de los demás, de diferenciarse, sino de intentar a través de su obra producir mayor satisfacción para todos. Por eso afirma que se trata de ser *egotista*, pero no egoísta. La diferencia es radical: mientras el egoísta es el que defiende y exalta sus intereses, sus cosas, no a sí

mismo, el *egotista* es el que se defiende y exalta a sí mismo, al yo que es. Y es que para Unamuno sólo el que defiende y exalta su yo defiende y exalta al Yo común, a la Humanidad entera.

Otro deber del ser humano es, para Don Miguel, el tener que ser «**caudillo, sacerdote y maestro**». Y afirmaba esta tesis a la vez que se declaraba antimilitarista, anticlerical y antipedagógicista. En la base de esta afirmación está la idea de que un ciudadano no puede ni debe encomendar estas tres funciones de guerra, culto religioso y enseñanza general de los conocimientos indispensables. Porque el elemento de guerra significa lucha -interior y exterior-, pero en cualquier caso todo menos quietud, calma, orden, por ello confiar estos asuntos en representantes implica para él la muerte. Porque la dimensión religiosa es esencial al ser humano: «el problema religioso de nuestro final destino trágico (el de ultratumba) ha de ser cardinal siempre»(11). Y, finalmente, no podemos delegar el elemento educativo, porque la cultura es el único motor de progreso del individuo y de la especie en general.

Otra de las propuestas en su antropología es la de que el ser humano debiera «**cazar águilas**». Esta expresión ha de entenderse desde una distinción que hace entre «el hombre de la mosca» y «hombre del colchón». El primero es ese tipo de persona que tiene como objetivo único en su vida cazar nimiedades como pueden ser títulos, cargos etc. Para Unamuno esta persona se pasa la vida cazando lo que le parece importante pero que realmente no lo es. El segundo es el que se pasa la vida buscando un colchón, como el colchón católico, el protestante, el budista, el racionalista, el materialista, el ateo, el agnóstico o lo que sea para «poder echar las siestas lo más largas posible». Frente a tipo de individuos como éstos, Unamuno propone «que los hombres vayan a las cumbres, descansando sobre rocas, a cazar águilas de las que llevan en los ojos el misterio del sol»(12).

«**Ser activos y rebeldes**» es otra consigna necesaria. Por eso distingue entre los seres que obran, actúan y se esfuerzan por dar el espíritu a los demás, y los que no actúan, que prefieren empaparse del espíritu de los demás y, por tanto, ser aplastados al no hacer valer su yo: «La vida es por sí misma un tesoro y hay una misión que cumplir aquí, en la tierra, que es el reino del hombre. Nada de misticismos enfermizos que incapacitan para la acción, pues este mundo no es sino de los que lo aman»(13). Pero, ¿cómo lograr que las personas dejen de ser egoístas y se «sacrifiquen por el Bien común»? La respuesta de nuestro autor es clara, la responsabilidad la tienen las clases directoras: «Nuestra primera materia social, la masa, el pueblo es excelente; todo depende, pues, de las clases llamadas directoras que, hasta hoy, no han sabido encauzarlo y dirigirlo»(14). Y es que, a su juicio, el ser humano no es ni bueno ni malo por naturaleza, ni el ser humano nace malo ni la gracia divina lo hace bueno (como afirman los frailes); ni él nace bueno ni la sociedad le pervierte con el tiempo (según dicen los anarquistas). El error de estas concepciones es que pretenden enfrentar al individuo contra la sociedad, y esto es imposible para él.

Y por último, Unamuno insiste en que el «**hombre es un ser político**», y desde este punto de vista tienen que entenderse las críticas que realiza a los que no les preocupa la política (*hombres del colchón*) o a los que la entienden mal (*hombres de la mosca*). Su propuesta es la siguiente: «Lo primero que un ciudadano necesita tener es civismo, y no puede haber patria, verdadera patria, donde los ciudadanos no se preocu-

pan de los problemas políticos»(15). La indiferencia, la neutralidad y el desdén hacia la política son posturas que, a juicio de nuestro autor, son las causantes de la crisis y los problemas de España y del resto del mundo, porque la solidaridad y la justicia no se consiguen más que por la preocupación de los ciudadanos por la política.

Pero el problema es que «el hombre tiene instinto de servidumbre y son muchos los que van a buscar de un amo que los domine y sujete»(16). Ante esta situación que para él es generalizada, se niega a aceptar la sentencia de que «el hombre es un lobo para el hombre», al contrario, afirma que el ser humano es un borrego, un cordero para el otro: «el instinto del hombre es corderil y no lobuno. El hombre de masa, de clase, de sociedad si se quiere, apetece ser sometido. La libertad le es una carga insostenible; no sabe qué hacer con ella»(17). De este modo el ser humano se convierte en una criatura que tiene miedo a la libertad, pero que, por otra parte, la necesita realmente. La propuesta de Unamuno está otra vez clara: «hay que obligar y forzar a las gentes» a que participen en política, a que no se dejen dominar, a que sean libres, y aquí libertad significa para nuestro autor la facultad de poder uno cumplir su fin propio. Y política aquí no ha de entenderse sólo en el sentido de pertenecer a un partido político, sino también en el sentido de atender el interés público, donde lo importante no son las ideas, sino los seres humanos de carne y hueso.

Este ser humano, así delimitado descriptiva y normativamente, es el fundamento de su pensamiento político. Pensamiento tan sugestivo como el resto de su obra, pero que hoy no se saca a relucir por su originalidad, sino porque su visión amplia del término política puede servir como aportación a la reflexión política actual.

3. *Luciérnaga en una concepción de la política entendida como res publica*(18)

Continuamos en el laberinto con Unamuno, que actuará a partir de ahora no como compañero sino como **luciérnaga**. Y es que no quiso ser hombre de partido, prefería seguir «entero», pues no le gustaba sentirse «animal de ganadería, con el hierro estampado en el lomo, al que reclama su dueño cuando se escapa de la manada». Por el contrario, prefería ser una luciérnaga «que saca de sus entrañas la lucecilla con que, más que alumbrar su camino, se alumbra para que su compañera le vea»(19).

De sus ideas más importantes para nuestra reflexión política actual he entresacado las siguientes:

3.1. *«Donde se abre una escuela se cierra un presidio.»*

Y es que Unamuno encontraba en la ignorancia la clave de la incapacidad del ser humano para enfrentarse a su destino. Su propuesta ante esta situación no es enseñar al pueblo física, química o a hablar en anglosajón, sino enseñarle a leer, a comprender lo que lee, a pensar. Por eso exige, en primer lugar, la reforma en la enseñanza primaria, pues potenciar sólo a la clase intelectual, a las Universidades, es como construir castillos en el aire. Además, la reforma es urgente porque la incultura, la no escolarización del pueblo es la explicación de la violencia y las guerras. Y es que un pueblo culto, consciente de su destino, evitaría muchos de los problemas que hoy tiene la sociedad, así lo expresa él de una forma tajante: «(...) muchas escuelas, pero muchas escuelas, que donde se abre una escuela se cierra un presidio»(20). Pero,

en segundo lugar, se necesita una reforma de las universidades para que dejen de ser expendedoras de títulos y se conviertan en centros de alta cultura e investigación.

3.2. «Hacer política es hacer opinión pública, fraguar conciencia colectiva»

Con esta propuesta nos encontramos ante la idea de la política entendida como publicidad, idea que hoy forma parte de las teorías políticas. La labor de la política es la creación de la opinión pública donde público significa tanto opinión de muchos como opinión sobre los asuntos públicos. Por ello la tarea de gobernar se extiende a toda la ciudadanía. Ser político es, para Unamuno, no sólo pertenecer a un partido político ni ser representante del pueblo, sino trabajar desde dentro y desde fuera del poder para que la gente reflexione sobre todo aquello que le interesa, que debe ser todo lo público: «¡Régimen de publicidad! Sí, ésta es la fórmula de una república, de una verdadera república (*res publica*)» (21).

3.3. «Los intelectuales no deben vender pan, sino levadura»

Para Unamuno, el intelectual corre el mismo riesgo que los *filo-sophos* del mito platónico de la caverna. La tendencia del intelectual es la de encerrarse en su mundo y no compartir su sabiduría, y esta postura encierra un grave error: «¡Qué pureza de aire espiritual el que se debe respirar en esas cumbres del puro conocimiento!» (22). Pero el intelectual tiene la obligación, según Unamuno, de bajar al fondo de la caverna para educar a esa gran masa encadenada a las falsas apariencias. Tiene la obligación de contar lo que sabe, pues «tal mundo puro es el más grande apaciguador y apagador de conciencias» (23).

Ésta es fundamentalmente la verdadera labor de los intelectuales, reestructurar la realidad a base de sacudir conciencias, a base de airear las ideas existentes, de revolver las masas para que en el «choque se les quiten las costras» que han asumido como propias en el interior de la caverna.

3.4. «Parlamento, la catedral de la mentira»

Pero no sólo es necesario modificar los valores culturales, sociales, religiosos y morales, también urge modificar las instituciones políticas. Es necesario, para Unamuno, una reforma en el Parlamento a la que califica como «catedral de la Mentira» (24), en el que importa más “la formalidad” que “la fundamentalidad”, lugar donde el diálogo desaparece y se convierte en demagogia. Por el contrario, un parlamento fecundo es, para el escritor bilbaíno, aquél en el que los partidos políticos luchan por amor a la verdad. Pero el defecto más grande es que no es representativo: “Lo peor del régimen parlamentario es que no es representativo. Si el parlamento representase siquiera esa opinión pública variable, fluctuante, apasionada y superficial, sería mucho mejor y más eficaz que hoy es” (25).

Por eso el Parlamento se convierte en una vergonzosa ficción «donde se falsifica todo, hasta los enojos y las rupturas». Pero a pesar de todo, es una realidad necesaria como un verdadero régimen de opinión. ¿Cómo lograrlo? En principio, «desde fuera del parlamento», sin meterse directamente en política, hasta fraguar una opinión pública que elija a un parlamento realmente representativo. Se trata de asestar el estado permanentemente, pero sin querer apropiarse de él. Unamuno lo expre-

sa así: «El que siembra ideas no puede, no debe detenerse a cosechar la mies de ellas, sino que debe ir a otro campo a sembrar otras nuevas» (26).

3.5. «Los partidos políticos deben enterar-se»

Los partidos políticos constituyen otro de los problemas fundamentales en el pensamiento de Unamuno. Pues realmente éstos gobiernan cuando debieran hacerlo los ciudadanos, porque aquéllos «no reconocen en general otras maneras de hacer política que la de afiliarse a un partido de los de santo y seña, jefe reconocido y comités, y prepara elecciones» (27). Y el problema de las elecciones es que, una vez elegidos los políticos, éstos sólo se preparan para la siguiente. El problema está en que los seguidores de un partido político están divididos, enfrentados, y lo que debieran es enterar-se. Pues, «si el régimen de partidos tiene alguna eficacia, es a condición de que los partidos los sean, es decir, de que estén partidos, divididos, de que colaboren en la obra común oponiéndose unos a otros, produciendo la dialéctica política»²⁸. Debe haber diálogo dentro de los partidos y enfrentamientos ideológicos porque cuando no los hay ya no es un «partido» sino un iglesia doctrinal con acatamiento disciplinar.

En este laberinto sin senda marcada, Unamuno unas veces se sintió socialista, aunque casi siempre liberal²⁹ Hoy sabemos -por las últimas publicaciones de sus artículos inéditos³⁰- que siguió defendiendo algunos ideales socialistas hasta el final de su vida. Sin embargo, -a excepción del libro de P. Cerezo³¹- el aspecto democrático de su reflexión no ha sido estudiado con detenimiento. Para Unamuno el gran problema de la democracia es, como lo fuera para Platón, lo que él llama «sofisma democrático», es decir, el problema irreconciliable de una masa inculta que elige a unos representantes que no son menos ignorantes. Por eso distingue entre democracia liberal y no liberal, entre una democracia bien y mal entendida. La diferencia fundamental es que en una no liberal no es el pueblo, sino la masa inculta, «aborregada», la que impone su voluntad en las urnas. A esta masa, en opinión de Unamuno, no hay que darle libertad, sino «cultura y es menester imponerla»³². Sin embargo, la democracia liberal -que es el ideal a conseguir-, consiste en una organización política fundamentada en la soberanía popular, pero entendida como sabiduría del pueblo.

4. Unamuno: herencia con valor de proyecto

Este recorrido por la antropología y el pensamiento político de Unamuno pueden servir como aportaciones a nuestra reflexión actual. Lo importante, nos recuerda, es que estas dos dimensiones (ser y deber ser) deben permanecer unidas, pues sólo una concepción del ser humano como fin en sí mismo, con ideales y horizonte de futuro, puede servir como fundamento a una política entendida en el amplio sentido de la palabra. Porque si la política se basa en la idea de que somos seres consumidores, individualistas y egoístas, las actuaciones políticas irán sólo encaminadas a potenciar esta dimensión humana.

Sus reflexiones nos inducen también a preguntarnos, un siglo después, qué se ha conseguido en España. El alto nivel de incultura de la época de nuestro autor ha

disminuido considerablemente, aunque aún no se ha asumido plenamente la necesidad de educar en valores más que en contenidos.

En el tema de la política, se sigue en la mayoría de los casos teniendo una concepción muy estrecha del término, y se deja las cuestiones políticas -y, por tanto, públicas- para unos cuantos, porque la apatía y la pasividad nos hacen pensar que son cuestiones ajenas.

Actualmente, ya no se piensa que son los intelectuales los que deben crear o repensar los ideales y luchar por nuevas utopías. Hoy la sociedad es mucho más compleja, y, en los últimos años, han surgido movimientos sociales dentro de la sociedad civil que han asumido esta tarea como propia, cuestión totalmente imposible para la época de Unamuno. El funcionamiento de las ONG's son una buena muestra de que es necesaria la función crítica para que la historia no se paralice. Pienso que son los diferentes movimientos sociales los que hoy están fraguando la conciencia colectiva, tarea que Unamuno dejaba para los intelectuales.

Sin embargo, las consideraciones que hace nuestro autor del Parlamento y de los partidos políticos no nos quedan tan lejos. El primero, porque se sigue entendiendo como centro para seguir manteniendo el poder; y los segundos, porque mantienen todavía la disciplina de partido, la ortodoxia en sus idearios y la poca participación dialogante con las bases.

Ha pasado mucho tiempo, es cierto, pero las reflexiones de Unamuno siguen estando tremendamente vivas. Las he rescatado de la biblioteca y he desempolvado al recorrer el laberinto porque nos obligan a repensar sobre los problemas actuales de las democracias occidentales que, a pesar de estar prácticamente asumidas, no quedan libres de toda consideración y porque creo que uno de los modos de neutralizar los defectos de nuestra política es hacerlos explícitos.

NOTAS

- 1.— El análisis antropológico que se hace en estas páginas parte fundamentalmente de la lectura de los artículos periodísticos de Unamuno, parte de la obra menos conocida de Unamuno. Es hoy un clásico la selección de Elías Díaz, sin embargo, hay otras selecciones que contienen un buen número de artículos y cartas inéditas que muestran otro talante a nuestro filósofo. Como por ejemplo: GOMEZ MOLLEDA, D., *Unamuno socialista. Páginas inéditas de Don Miguel*, Narcea, Madrid, 1978; GONZALEZ, V. (Ed.), *Crónica política española. Artículos no recogidos en las obras completas*, Almar, Salamanca, 1977; NUÑEZ, D. y RIVAS, P., *Unamuno política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, Fundación del Banco Exterior, Madrid, 1992; PÉREZ DE LA DEHESA, R., *Política y sociedad en el primer Unamuno 1894-1904*, Ed. Ariel, Barcelona, 1973.; RIVAS, P., *Miguel de Unamuno. Escritos socialistas. Artículos inéditos sobre el socialismo (1894-1922)*, Ayuso, Madrid 1976.
En lo que sigue y a no ser que se señale lo contrario, las citas de Unamuno han sido extraídas de la mencionada selección de DÍAZ, E., *Unamuno. Pensamiento político*, Ed Tecnos, Madrid, 1965.
- 2.— UNAMUNO, «Por Galicia», *Los lunes de «El Imparcial»*, 3-VIII-1903.
- 3.— Véase la interpretación que de esta tesis hace Pedro CERREZO en *Las máscaras de lo trágico*, Trotta, Madrid, 1996.
- 4.— UNAMUNO, «La crisis del patriotismo», *Ciencia social*, Barcelona, Marzo de 1896.
- 5.— UNAMUNO, «Civilización y cultura», *Ciencia social*, Barcelona, 1896.
- 6.— Ver respectivamente en: UNAMUNO, «El ideal histórico», *La Nación*, Buenos Aires, 15-3-1922, y UNAMUNO, «Civilización y cultura», *Ciencia social*, Barcelona, 1896.
- 7.— UNAMUNO, «La cuidad de Henoc», *Ahora*, Madrid, 3-1-1933.

- 8.— UNAMUNO, *Del Sentimiento trágico de la Vida*, O. C., XVI, 125.
- 9.— UNAMUNO, *Ibíd.*
- 10.— UNAMUNO, «La dignidad humana», *Ciencia social*, Barcelona, 1-1896.
- 11.— UNAMUNO, «En la calma de Mallorca», *Andanzas y visiones españolas*, 6-1916.
- 12.— UNAMUNO, «El hombre de la mosca y del colchón», *El Sol*, 10-2-1918.
- 13.— UNAMUNO, «Su majestad la lengua española» *Faro*, Madrid, 1-11-1908.
- 14.— UNAMUNO, «Puñado de verdades no paradójicas», *Mundo gráfico*, Madrid, 20-3-1912.
- 15.— UNAMUNO, «Los antipoliticistas», *La Nación*, 11-11-1910.
- 16.— UNAMUNO, «Sobre un pasaporte de Cobbett», *La Nación*, Buenos Aires, 6-5-1917.
- 17.— UNAMUNO, «La ciudad de Henoc», *Ahora*, Madrid, 3-1-1933.
- 18.— A este asunto dediqué la Tesis de Licenciatura. En ella se hacía un análisis del pensamiento político de Unamuno, ahondando especialmente en sus artículos periodísticos y cartas editadas. Una versión reducida de este tratamiento aparecerá próximamente bajo el título de "La política como «res pública». La apuesta de Unamuno por la conciencia pública como fundamento del Estado democrático", en *Diálogo Filosófico*.
- 19.— UNAMUNO, «Hila tus entrañas», *Nuevo Mundo*, Madrid, 11-IV-1919.
- 20.— UNAMUNO, «Puñado de verdades no paradójicas», *Mundo gráfico*, Madrid, 20-3-1912.
- 21.— UNAMUNO, «Diario de un azulado», *La Nación*, Buenos Aires, 6-2-1921.
- 22.— UNAMUNO, «La pureza del idealismo», *La Nación*, Buenos Aires, 12-11-1915.
- 23.— UNAMUNO, *Ibíd.*
- 24.— UNAMUNO, «¿Qué es verdad?», *La España Moderna*, Madrid, III-1906.
- 25.— UNAMUNO, «Hacer política», *Nuevo Mundo*, Madrid, 27-3-1915.
- 26.— UNAMUNO, *Ibíd.*
- 27.— UNAMUNO, «Escritores y políticos», *Los Lunes de «El Imparcial»*, 2-10-1916.
- 28.— UNAMUNO «La representación política del escritor», *El Liberal*, 14-4-1920.
- 29.— DÍAZ, E., *Pensamiento político*, Madrid, Tecnos, 1965 y *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, Tecnos, Madrid, 1968.
- 30.— GÓMEZ MOLLEDA, D., *Unamuno socialista. Páginas inéditas de Don Miguel*, Madrid, Narcea, 1978 y NÚÑEZ, D. y RIVAS, P., *Unamuno política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, Fundación del Banco Exterior, Madrid, 1992.
- 31.— CEREZO, P., *Las máscaras de los trágico*, Trotta, Madrid, 1996.
- 32.— UNAMUNO, «Trece artículos de Alberto de Ghiraldo», *La Lectura*, Madrid, III-1902.